



CAPITULO II

De viaje

SALIMOS por la garita de Orleans, en el tren de las nueve de la noche, y aunque temíamos todo de las informalidades de Pepe Hidalgo, poco antes de la hora le vimos llegar acompañado de un criado que acababa de bajar de un simón muchísimas maletas, maletines, cofres, baúles, petacas, bolsas, portamantas, bastones y sombrereras.

Gutiérrez, Aguilar y yo estábamos en el compartimiento desde una hora antes, así es que cuando la máquina lanzó un silbido agudo, se desesperó estirando y volviendo á dejar el convoy, y al fin partió respirando trabajosamente, pudimos comunicarnos nuestras mutuas impresiones y dar gracias á Dios que nos permitía empezar felizmente aquel viaje temerosísimo. A poco arreglamos las mantas, buscamos acomodo en aquellas durezas,

cerramos los ojos y nos echamos á dormir como unos benditos.

Ya era de día cuando nos despertamos; íbamos por unos campos sembrados de colza; el aire era frío y diáfano; á lo lejos se distinguían un campanario puntiagudo, muchos tejados rojizos y una llanura verde é interminable en que se destacaban nuevos campanarios, nuevos tejados y nuevos campos sembrados y acotados, hasta cansar la vista la sucesión de tantas cosas iguales.

— Parece este paisaje el de una de esas granjas de madera fabricadas en Nuremberg, que nos deleitaban cuando éramos niños, observó Aguilar.

— Pues no tardará usted en mirar cosas semejantes en nuestra tierra, dijo Gutiérrez.

— *Dubitat Augustinus*, exclamó pirrónico Pepe Hidalgo.

— No digo, mi querido Pepe, que sea mañana cuando veamos estas maravillas; pero con el tiempo...

— Yo no quiero quitarle á usted sus ilusiones, señor, repuso Pepe; pero que don Ignacio le cuente á usted algunas cosas que sabe acerca de lo último acontecido por allá y dejará usted de creer que me haya europeizado y que no ame al país.

— Cosas graciosas, nada más que cosas graciosas, don José; por ejemplo, en el baile que la oficialidad francesa ofreció á la Sociedad Mexicana y en que el nuevo monarca fué ungido con champaña, coronado con rosas y consa-

grado por labios seductores, según expresión del amigo Desbarrés...

— ¿Cuál Desbarrés, el impío, el constitucionero, el bellaco director de *L'Estafette*, ó algún otro cristiano y caballero que haya ido en compañía de nuestros gloriosos aliados?

— El mismo, el mismo de *L'Estafette*, don José; simplemente que ahora ya no defiende sino que ataca á los liberales y constitucioneros... ¡Qué brioso artículo el que escribió con motivo de la proclamación del Imperio por la Asamblea de Notables!... «Eróstrato, dice, que incendió el templo de Efeso, entregó su nombre á la execración de la posteridad; el que ponga fuego á las republiquillas revoltosas é ingobernables que como hongos venenosos brotan anualmente desde el río Bravo hasta el cabo de Hornos, apenas habrá desmontado la tierra haciéndola servir para cosas más útiles... No denunciarnos como incendiario al labrador que quema los abrojos y las hierbas parásitas de su heredad; á pesar de esa providencia, el paisaje no será menos bello ni menos limpia la cosecha que se recoja... ¿Acaso nos inspirarían lástima las orugas y los reptiles que se tuesten en el fuego purificador? Ningún pesar nos causa, pues, esta república que desaparece.»

— Muy bien, muy bien, gritó Gutiérrez aplaudiendo; ese hombre ha dicho la verdad; ¡bien haya él! El camino de Damasco; los designios del Señor son ocultos, pues

ahora Él hace que el primer loador de la salvadora monarquía lo sea un liberal... Debe el tal Desbarrés de tener un buen ingenio, y con él debe de haber considerado la verdad de todo... Pero cuente, cuente usted eso del baile, que estoy asustado por el anuncio que Pepe acaba de darnos...

— Pues señor, es cosa muy sencilla y que en todas partes acontece, según creo: el tocador de las señoras quedó barrido antes que hubiera llegado la hora del ambigú; zapatos, limpia-uñas, guantes, cepillos, agujas, hilo, cuanto se encontraba en el salón, se fué en los bolsillos de las convidadas que habían acudido á reparar el desorden de sus trajes... Una señora fué á la tercera contradanza á coser una rotura hecha en el vestido de su hija por un oficial que le había encajado las espuelas... Todo había desaparecido... Las franjas de oro de las cortinas de seda se arrancaron con cuchillo... Por supuesto que los liberales aseguran que fueron los imperialistas las que cometieron tales incorrecciones; pero la verdad es que no parece natural que entre nuestros amigos, que forman la parte más delicada y fina de la sociedad, pasen esas cosas... Eso tiene que ser obra de los liberales...

— Cabal, cabal, concluyó Gutiérrez; pero tenemos que confesar que sea obra de quien fuere, no nos honra... Habrá que ser muy mirado en la repartición de invitaciones para lo futuro...

— Miradísimo, contestó Hidalgo.

Cuando acabábamos estas lamentaciones, la locomotora silbó dolorosamente, y apareció á la vista una ciudad grande y bella, que después supimos era Estrasburgo.



Aguilar, que es un *badaud* perfecto, se entretuvo admirando la esbelta aguja de la catedral gótica, el reloj de sorpresa, la estatua de Gutenberg y otros primores que nos describió con su verba animada. Salimos para Viena después de una detención de tres horas, y al llegar, mientras Hidalgo y yo acompañábamos á Gutiérrez á dejar sus tarjetas en las casas del Embajador de Francia y del Nuncio del Papa, el infatigable Aguilar recorría la gran ciu-

dad reina del Danubio, para volver á poco haciéndose lenguas de la comodidad de las posadas, de la noble urbanidad de las gentes, de la hermosura del sitio, de la elegancia de las damas, de lo bien cuidado de los jardines del Belvédère, de la belleza y excelentes carnes de las bailarinas del teatro de la ópera, de la gracia y bello continente de las innumerables estatuas que pueblan jardines y paseos, y de la solemne majestad que se respira bajo las bóvedas de los Capuchinos, en que descansan los restos de los miembros de la casa de Austria.

Todo lo había visto y observado y conocido y admirado y descrito aquel viajero modelado por el tipo del inglés que apuntaba en su diario: «Pasamos á sesenta millas del archipiélago de la Reunión, cuyos habitantes nos parecieron muy hospitalarios.» Nosotros volvimos al ferrocarril tranquilos y satisfechos, mientras Aguilar llegaba despeado, enfermo y lleno de fatiga, pero eso sí, seguro de haber conocido mejor á Viena en treinta y seis horas que un vienés machucho en toda su vida.

Otras treinta y seis horas empleamos de Viena á Trieste, admirando aquel camino que parece tallado en sueños por mano de artífices locos.

Gutiérrez, que fumaba un pitillo de tabaco vienés, que le hacía llorar los ojos, empezó así:

«—Treinta y dos años no más tiene S. A.; de manera que si Dios por alguno de sus altos designios no acorta

el hilo de sus días (que los de Néstor sean) le veremos todavía muy entrado el siglo xx rigiendo en paz y concordia sus extensos Estados. Es el hijo segundo del archiduque Francisco Carlos y de la archiduquesa Sofía, y hermano del Emperador Francisco José, que actualmente ocupa el trono.

«Se le destinó desde su más tierna edad á la carrera de la marina, y por consecuencia, á los estudios de humanidades, filosofía é idiomas vivos, que forman el fondo de los conocimientos de los archiduques de Austria: él añadió los especiales de matemáticas, geografía y otras disciplinas que directamente se ligan con la profesión náutica. De los catorce á los diez y ocho años recorrió buena parte del mundo: Grecia, Italia, Portugal, España, Tánger, Argelia, Albania, la Dalmacia, las costas de Alemania, Rusia, Suecia, Sicilia, la Alemania septentrional, Bélgica y Holanda vieron sus huellas y publicó para describir las maravillas naturales y las instituciones políticas de esos países, dos tomos llenos de doctrina y observaciones atinadas.

«Nombrado gobernador del reino Lombardo-Veneto, tuvo la habilidad bastante para sofocar las aspiraciones y los deseos de independencia que bullían en el ánimo de aquellos turbulentos ciudadanos, que prefieren una peligrosa y detestable libertad al yugo suave y paternal de S. M. Apostólica. Pronto se hizo entre los lombardo-vene

cianos tan popular y tan querido como lo era en su misma patria: llenó de beneficios á los pueblos, promovió obras importantísimas, supo lisonjear el amor propio de los más empedernidos regnícolas y al poco tiempo estaba ya considerado como candidato posible al trono del Estado que se formaría en el cuadrilátero. Mas la suspicacia del regio hermano de S. A. no pudo ver aquello con calma y le relevó del gobierno enviándole de nuevo á las exploraciones marítimas que son su encanto. En esta vez recorrió la costa de Africa, las islas de Madera y el imperio del Brasil, volviendo después á su retiro de Miramar.»

Entretanto, íbamos recorriendo aquel camino prodigioso que trepa por montañas altísimas; pasa sobre viaductos hasta de tres órdenes de arcos; corre sobre puentes soberbios y se oculta en oquedades que asombran por lo oscuras y por lo profundas, y vuelve á la luz, siempre jadeante, siempre silbando y con su cimera de humo que parece el airón del casco de un gigante.

Al salir de un túnel, Pepe Hidalgo exclamó:

— Mas lo que no nos ha mencionado usted, tocayo querido, es el valor del príncipe. Una vez (dirigiéndose á mí) por el tiempo que se fraguó el atentado Orsini contra Napoleón, Maximiliano recibió por el conde Stromboli, noticia de que se trataba de asesinarle. Sin inmutarse salió del palacio con la Archiduquesa asida del brazo, y sin

acompañamiento ni escolta de ninguna especie se dirigió á la plaza de San Marcos, desconcertando así los planes de los conspiradores. Otra vez que le anunciaron un complot contra su vida, en el momento que salía para el teatro, dijo al portador de la noticia: «Si es cierta esa conspiración, hacedme el favor de que perezcamos juntos.»

— ¡Es prodigioso! Figúrese usted que se levanta á las cinco de la madrugada.

— Y se acuesta á las nueve.

— Y trabaja enormemente, dirigiendo cartas á todo el mundo.

— Y como guapo, es guapo; gran frente...

— Indicio de inteligencia elevada.

— Ojos azules y vivos en que brillan la penetración, la bondad y la dulzura.

— La expresión de su semblante es leal y nunca se le puede olvidar.

Pero Gutiérrez é Hidalgo, que veían á Aguilar callado y sin lograr meter baza, le interrogaron con maña acerca del famoso dictamen presentado á la Junta de Notables de México.

— Es un gran trabajo, un trabajo lleno de ciencia, conciencia y experiencia.

— No vale la pena, dijo modestamente Aguilar; es una improvisación cilla sin importancia.

— ¡Improvisación! exclamó Gutiérrez. Pues no parece

sino que se ha comido muchos cabos de vela, como decía mi maestro don Pablo Morales.

— Es decir, las ideas, el fondo, la trama los tenía mascullados hace mucho tiempo; la forma, la exposición, lo material, en fin, fué obra de muy corto espacio. Los compañeros pusieron el asunto en mis manos, y como pude lo desarrollé en dos ó tres días.

— Es admirable.

— ¿Sabe usted lo que me encanta? susurró Pepe Hidalgo. Aquello de cómo va engranando don Ignacio los acontecimientos, desde la Revolución francesa y la del 48, hasta el golpe de estado de Napoleón y la guerra separatista americana, para venir á parar en la intervención francesa en México y en el imperio de Maximiliano.

— La organización que da vida al arador está enlazada por los infinitos eslabones de una cadena invisible, con el curso imperturbable de los astros, recitó Aguilar reverentemente. Bossuet...

— Muy bien está aquella tirada en que se declara usted contra la República en México.

— Mejor es aquello de «¡Ah! si alguna memoria grata como la de los placeres de la niñez, queda todavía para la nación mexicana, ciertamente que pertenece á los tiempos de la monarquía. Como involuntariamente, volvemos nuestros ojos llenos de lágrimas á esos siglos que nuestros tribunos llaman de oscurantismo y de opresión, de grillos y

cadenas, y exhalamos de nuestros pechos suspiros lastimosos tras el bien perdido de la paz, de la abundancia y de la seguridad que entonces disfrutaron nuestros predecesores.»

— Y aquello de llamar al régimen de la colonia: «civilización angelical.»

— Y la crítica tan aguda que hace de los gobiernos republicanos.

— Y las frases con que se burla de los Estados Unidos, que acaban de romper su famoso *E pluribus unum* para sumergirse en el abismo de la ruina y de la desgracia.

— Más me agrada la pintura de la civilización española en México y de los males que nos trajo la independencia.

— A mí la investigación de por qué no puede ser mexicano el gobernante que ponga en paz aquello, se me figura irrefutable.

— La apología de Maximiliano, es preciosa.

— La Asamblea hizo muy bien en votar por aclamación las proposiciones del dictamen.

— Y en enviarle á usted por acá.

— Muy merecidos tiene usted los elogios de Napoleón III.

— Como tendrá los de nuestro augusto soberano.

— En eso la locomotora anunció una estación, y al sonar las diez de la noche el tren se paró en Trieste, término de

nuestro viaje. Ya esperaban á mis amigos sus compañeros de comisión, el famoso don Francisco de Arrangoiz (Gota de agua), el marqués de Corio y el conde de Bombelles,



estos últimos mandados por el Archiduque para atenderles y agasajarles.

Descansaron el día dos, y el tres, que fué el señalado para la recepción, salieron en coches del Archiduque hacia Miramar. El caballero Revolletta, noble de Trieste, me



FONDO EMERITARIO
VALVERDE Y TELLEZ